

GLOBALIZACIÓN:

LA TORRE ES EL ÍCONO



EL RASCACIELOS SUMA A SU ALTA CAPACIDAD COMUNICACIONAL, A SU CUALIDAD DE ÍCONO O EMBLEMA, SU CONEXIÓN CON EL INCONSCIENTE COLECTIVO, QUE SIENTE FASCINACIÓN POR EL DESAFÍO EXTREMO.

Por José Gabriel Alemparte Rojas, decano de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Finis Terrae.

La gran transformación de la ciudad contemporánea radica en el cambio de paradigma de su morfología y escala: ya no es una urbe horizontal sino una vertical.

En este sentido el rascacielos de oficinas, como tipología surgida en los albores del siglo XX en Norteamérica y que luego se expande sin mayores cortapisas como el nuevo prototipo moderno, encarna una suerte de especie final de la evolución edilicia, que se aferra al ideal positivista marcado por la ilusión de un progreso técnico liberador, que no tiene ninguna cuenta que rendir con la historia de la arquitectura y, menos aún, con la exigencia de una cierta condición artística impuesta desde los cánones clásicos.

Simultáneamente, pareciera ser también el devenir natural de la convergencia de las múltiples voluntades de una sociedad que se funda en el “desanclaje” con el pasado, al transferir una confianza plena al porvenir, al progreso material y técnico.

Este nuevo ejemplar de la fauna urbana, por un

lado es demonizado y rechazado por su falta empatía con la ciudad histórica y su ensimismamiento autista, por sus sombras frías y húmedas y su aplastante escala a nivel del peatón. Pero por otro es un poderoso objeto de seducción, un coloso que no deja indiferente la mirada.

Esto podría deberse a su alta capacidad comunicacional, a su cualidad de ícono o emblema, que se conecta con un inconsciente colectivo que demanda el vértigo que produce el acontecimiento mayor y una dosis de ansiedad compulsiva por el desafío extremo.

Y también está presente la conmoción que produce como producto palpable del ingenio humano, al desplegarse hacia el cielo infinito.

Así, la torre como invención arquitectónica e ingenieril tiene una connotación ambivalente o al menos inquietante para el momento de la historia que vivimos, donde las certezas han desaparecido junto a las ideologías y los

metarelatos. Pero, sin duda, es un signo de nuestro tiempo y del proceso de globalización del mundo.

Aparece en todas partes, incluso en el centro de las ciudades y en el campo. Las ciudades históricas de Europa no la deseaban pero hoy ella define su perfil, sobrepasando a las antiguas catedrales góticas. Y en Asia emerge casi por generación espontánea.

En la ciudad moderna las torres se miran entre sí, compiten por alcanzar la mayor altura posible o fanfarronean de su tecnología. Las hay bellísimas, esbeltas, escuetas, sobrias y gráciles; pero también están las torpes, ramplonas o simplemente ridículas.

Nos encontramos así ante una “ciudad espectáculo”, que funciona las 24 horas del día y los 365 días del año. Hong Kong puede ser la apoteosis de tal fenómeno: multicultural, multirracial y aparentemente desprovista de conflictos extremos. Todos signos de una globalización llevada no tan sólo a la economía, sino también a la cultura y la sociedad.